

Juegos de vida – juegos de muerte en la adolescencia

Álvaro Nin*

Partimos de las ideas freudianas y winnicottianas acerca de la concepción del juego como una actividad humana que nos permite abrir paso hacia la comprensión de las dinámicas inconscientes.

Freud (1920) en su dimensión de investigador del psiquismo humano, nos pudo dejar el paradigma del juego del niño con el carretel que de alguna manera intentaba superar la angustia de separación de la madre, donde el secreto del juego, consistía en el júbilo vinculado a la reaparición del carretel como sustituto simbólico de la madre. El mérito de la obra kleiniana, más allá de compartir o no su marco teórico, consistió en el estudio sistemático del juego y su significado como otra vía regia hacia el inconsciente del niño, abriendo un campo nuevo para el psicoanálisis.

Es con la obra de D. Winnicott (1972), donde a partir de la conceptualización sobre los objetos y los fenómenos transicionales, que cae la dicotomía y la demarcación estricta entre mundo interno y mundo externo. Los objetos transicionales aportan una nueva idea sobre los procesos de duelo, ubicando en forma diferente tanto el significado de la resignación de las investiduras sobre los objetos,

así como también lo referente al oscuro campo de la génesis del proceso identificatorio. De la misma manera, los fenómenos transicionales

nos ubican en un campo donde no es necesaria la pregunta acerca de dónde comienza y dónde termina el yo y el no yo. Las posibilidades del enriquecimiento yoico se amplían a punto de partida del significado de la experiencia de juego y en general en toda nuestra relación con la cultura, en ese campo intermedio entre el yo y el objeto que otorga nuevos destinos a los anclajes pulsionales y a sus procesamientos.

Siguiendo las ideas de P. Blos (1998), vamos a señalar una línea de continuidad donde la expresión del niño pasa por el juego, la expresión del adolescente pasa por el actuar – que puede ser tanto un juego de vida como de muerte – y la expresión del adulto, pasa por el lenguaje incluyendo sus aspectos preverbales, paraverbales, simbólicos, perlocutorios, sin descartar los modos de expresión de la infancia y la adolescencia en la adultez.

Entendemos la adolescencia como un período de la vida relativamente indefinido en su comienzo y finalización, como un tiempo de tránsito entre la infancia y la adultez, al cabo del cual emerge un nuevo psiquismo reformulado con nuevas inscripciones psíquicas que producen una reelaboración de las identificaciones infantiles, dando lugar a identificaciones adultas (Nin 2004). Allí se anudan las problemáticas del narcisismo y del Edipo. El narcisismo con sus vergüenzas

* Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Tel. 00598 2 711 1303 – 00598 2 711 9679
e mail: adnin@montevideo.com.uy

y fragilidades de la autoestima, producidas por el recambio de los ideales y el Edipo con el resurgimiento de la conflictiva sexual, que a partir de una nueva dimensión corporal produce nuevos puntos de angustia y frecuentes estallidos en los vínculos familiares y sociales.

El juego y el jugar adolescente

Tal como ya lo ha planteado Winnicott en *Realidad y Juego* (1972), comprendemos el jugar en su función esencial, aquella que consiste en crear y además mantener un espacio entre la realidad interna y externa, espacio en el cual los fantasmas puedan desplegarse. Winnicott tiene el mérito de haber propuesto una teoría del juego en la infancia. En la adolescencia, el desarrollo del espacio potencial – transicional implica una transformación del juego infantil al convertirse en un lenguaje de acción. La capacidad del adolescente de mantener viva “el área intermedia de experiencia” que no es la del “adentro” ni la del “afuera”, es la que le permite jugar con sus fantasmas, dejarse llevar por sus ensueños y fantasías, que a veces quedan en el plano de la imaginación y otras veces quedan plasmadas en poesías, prosa, diarios íntimos que implica un salto cualitativo en su creatividad.

El jugar en la adolescencia tendrá también las características del “como sí” en este caso experimentando las nuevas posibilidades que le brinda su cuerpo, su nueva imagen, su nuevo rol social a través del cual permite verse a sí mismo en los ojos de los otros como en un espejo.

El adolescente puede jugar con sus fantasmas, lo cual supone una gran libertad psíquica, sumergirse en ese espacio de ténues límites entre aquello que no está más que en la propia mente (realidad interna) y lo que existe en el afuera. Pero jugar no es tan simple y los adolescentes que vemos en nuestros consultorios nos lo recuerdan en forma cotidiana. Entonces la imposibilidad de pensar – jugar, es a menudo una puesta en acto que se puede expresar en no comer, en lastimarse, en fugarse, etc. En estos casos una psicoterapia puede ser indispensable, pero a la vez difícil de aceptar, especialmente para los adolescentes que tienen miedo de pensar. El juego psíquico que deberá articularse con el del analista, no puede ser desplegado y el tratamiento no puede instaurarse. Tal como lo dice Winnicott, la psicoterapia se sitúa en una zona donde las dos áreas cabalgan, aquella del paciente y la del terapeuta, su buen desarrollo reposa por un lado en

la capacidad del terapeuta de jugar, no solo con sus propias producciones psíquicas sino también con las del otro. Y siguiendo la frase de Winnicott diremos que si el terapeuta no puede jugar, esto significa que no está hecho para este trabajo.

Algunos juegos característicos de la adolescencia

El cuerpo sexualmente maduro se presta para la investigación y la experimentación de la sexualidad adolescente a través de juegos masturbatorios que comenzaron ya en la pubertad. Al acompañarse de intensas fantasías edípicas, se recurre a un aumento de la actividad represiva a los efectos de disminuir la culpa concomitante, lanzándose a la búsqueda de nuevos objetos significativos.

El juego del espejo

En forma simultánea, se produce una mutación de orden narcisista, donde las representaciones de sí corporales difieren dramáticamente de lo percibido en forma objetiva. Es allí donde aparece el juego del espejo, donde el adolescente intenta controlar el inexorable proceso de los cambios corporales que lo angustia y le genera una sensación de ser extranjero en relación a sí mismo.

Es así que la percepción no es congruente con las representaciones de sí corporales y la gama de posibilidades del adolescente frente al espejo es muy amplia. La percepción en el espejo, necesita de una repetición una y otra vez de su propia imagen, ya que ésta no es reconocida. Allí el fantasma se impone, desde una posibilidad que puede ser de estirpe psicótica con características de cuerpo fragmentado o como el paciente que dice “me miro al espejo y no me veo” a la manera de una alucinación negativa. Pasando por otras alternativas como ser la percepción de aspectos propios que resultan rechazables, donde se destacan las mutaciones corporales que se vivencian como peligrosamente incontrolables, generando una atmósfera paranoide en el adolescente. De esta manera puede resultar tranquilizador, permutar el rol pasivo por su transformación en lo contrario, pasando a ser activo y muchas veces a través de la sugestión y la moda producir situaciones que llevan por ejemplo a cortarse el pelo de diferentes formas, punks, rastas, skinheads, causarse heridas en el rostro o automutilaciones en varias partes del cuerpo.

Siguiendo las ideas de F. Ladame y de Winnicott, este cuerpo nuevo masculino o femenino, es experimentado a la vez como yo y no-yo, oficia entonces de interface entre el adentro y el afuera, el cuerpo es ahora más exterior al yo, como si no fuera territorio propio, adquiere un estatuto provisorio de extraterritorialidad. La anorexia mental es un buen ejemplo de esta situación, donde la representación de la imagen mental de un cuerpo de redondeces y grasa, toma el lugar de la percepción de la imagen enviada por el espejo, de un cuerpo dramáticamente adelgazado, donde esta realidad de la emaciación es absolutamente negada.

Por otro lado, vemos los aspectos adolescentes más neuróticos que tienen que ver por ejemplo con la autoafirmación de la femineidad o masculinidad. Es interesante destacar que el espejo se encuentra ubicado en un lugar íntimo (cuarto o baño) donde se pueda desarrollar este ceremonial que tantas veces se constituye como una experiencia traumática que termina en una sensación de terror a mirarse en el espejo. Se destaca el tiempo intenso y extenso que dedica el adolescente a las actividades frente al espejo antes de sus salidas, ya que la vestimenta no logra reflejar su ideal de sí. A su vez, es indispensable la idea de mantenerse en homogeneidad con el grupo de pares.

Este juego se vincula con una de las preguntas básicas que se formula el adolescente en relación a su identidad: ¿quién soy?, que reformula la pregunta básica de la pubertad acerca de ¿qué me está pasando? Por eso, es que el juego del espejo precisa mucho tiempo para procesar estas angustias y luego se va a ir desplazando hacia otros sustitutos simbólicos del espejo, tales como el doble, ese alter ego – amigo íntimo – que no es él pero que identificación proyectiva mediante, es casi igual a él.

El juego del otro – los otros

Ante la urgencia de responder a su angustia por la identidad y en su imposibilidad de materializarla, recurre en su tránsito a distintas modalidades de ser dependiendo de sus posibilidades de discriminación entre el sí mismo y el otro. En el extremo de esta angustia, renuncia a ser él mismo y juega a ser otro, tal como lo vemos en el síndrome de Zellig – el personaje de la película que Woody Allen popularizó hace más de una década – quien modificaba su aspecto en consonancia con las características del

otro con quien se vinculaba.

Las dos posibilidades de interiorización del objeto externo, están vinculadas a la introyección y a la incorporación que Widlöcher (1992) relaciona, la primera con la identificación histérica y la segunda con la identificación narcisista. En la introyección se interioriza la cualidad de la relación establecida con el objeto, tratándose de una verdadera creación (Jeammet 1992). Por otro lado en la incorporación, el yo es más pasivo, menos creativo, y no se enriquece de la misma manera, ya que es el objeto mismo o una parte de sus atributos que pasa al interior del yo, habitándolo en forma parasitaria. Pero, la incorporación no es necesariamente negativa, ya que su frontera con la introyección no está clausurada. De todas maneras se trata de una diferencia sustantiva, porque la introyección implica un espacio y una frontera mejor limitada entre el sujeto y el objeto, con el consiguiente sentimiento de seguridad interna del sujeto, lo cual lo habilita en un acto creativo a tomar algo de otro y hacerlo propio mediante un proceso de metabolización psíquica. En tanto que en la incorporación, el sentimiento de angustia implica que la apertura hacia el otro, se opera bajo el signo de la necesidad o de la obligación. Mecanismos trascendentes que marcan la diferencia cualitativa entre ser como el otro o reducirse a “ser el otro”.

Cuando la crisis se agudiza, sus compañeros y pares le aportan al adolescente una respuesta tranquilizadora a su conflicto de identidad. Aunque se trate de una respuesta parcial, de una identidad grupal, colectiva y que todavía no reposa sobre su individualidad al menos constituye una respuesta. Se produce así una fuerte atracción por lo idéntico que actúa contra la exigencia de diferenciación y puede eventualmente transformarse en fascinación, con una intolerancia o incapacidad para aceptar las diferencias. En la construcción de un grupo, se juega a quiénes y por qué son sus integrantes, quién ejerce el liderazgo y sus diferentes roles internos, así como también por dónde pasan los rasgos que diferencian un grupo de otro.

Algunos grupos tienen una clara finalidad destructiva, donde la fantasía del parricidio llega a un punto culminante. Cuando subyace la fantasía del héroe omnipotente y el grupo se transforma en una pandilla o banda, se desafía a los otros, en general con un preámbulo de intensas ingestas de alcohol o de otras drogas, que lo llevan a pelear y medir fuerzas. Un punto importante es establecer la diferencia, no importa cual, pero que

constituya un buen pretexto para dar rienda suelta al aspecto destructivo. Dicha diferencia establecida imaginariamente, siempre está referida a un aspecto de inferioridad (los planchas, los pobres, la pertenencia a otras tribus urbanas con subculturas diferentes, ya sea por un cuadro de fútbol o por un colegio).

Esta fantasía de dominio, de poder, de omnipotencia, combate justamente la fantasía antagónica de desvalimiento y abandono, buscándose un chivo expiatorio que pueda materializar a través de un desplazamiento las fantasías de parricidio. La agresividad y violencia generada por la actuación de estos grupos puede finalizar en un juego de muerte, que si bien ésta no es necesariamente buscada, es encontrada debido a la pérdida de límites que genera la situación del propio contexto grupal.

Aquí bordeamos las situaciones de los grupos que delinquen, que también tienen un amplio espectro, el cual va desde un grupo de amigos íntimos que salen borrachos a romper cualquier objeto que esté en el ámbito de la ciudad, hasta las bandas organizadas que salen a robar para comprar droga, que en un lento y mortífero proceso van decantando en una forma antisocial de estar en el mundo. Cuando el grupo vandálico se mueve con objetivos más destructivos, realiza una identificación proyectiva patológica y masiva, ya que es necesario depender absolutamente del grupo para subsistir.

El deseo de pertenencia llevado a un extremo, hace que el individuo desaparezca como tal y el código del grupo se impone, en esto el rol del líder tiene un papel preponderante.

Ritos iniciáticos y de pasaje

Los ritos de pasaje por su dimensión, a la vez concreta y simbólica, permitieron tradicionalmente el reconocimiento del cambio de estatuto social. La inscripción de lo nuevo en el registro de la sociedad adulta, constituyen una prueba de cambios y permanencias.

Los ritos de pasaje facilitan la inscripción en la temporalidad: ayer, hoy y mañana devienen categorías distintas que no son más permutables, salvo en el imaginario; marcan el curso de la vida social y confieren un sentido a la organización de la comunidad y su evolución (Ladame 2003). Más allá de esta dimensión social, son creadores de cultura, garantes de sentido asegurando así la transmisión.

La pregunta sería entonces, ¿la desaparición de los ritos de pasaje implican entonces una pérdida de sentido? Si así fuera estaría en parte tocando la problemática tan actual de la confusión generacional tal como lo ha planteado Luis Kancyper (1998) con la terminología de los pendeviejos, padres adolescentizados que no logran marcar las diferencias generacionales ni los límites.

Como ritos de pasaje mencionaremos, la fiesta de 15 años, las Bar y Bat mitzvá, las fiestas de graduación, entre otras. Otro rito de pasaje son las marcas sobre el cuerpo, retomamos así el tema de las marcas corporales, la moda etc. El tatuaje es un ejemplo muy actual de marca en el cuerpo que puede tener una doble lectura, por un lado entra dentro del contexto de la moda, mientras que por otro tiene un carácter identificatorio generando un vínculo de pertenencia a un grupo, lo cual habla de una inscripción generacional.

Existen, sin embargo, otros ritos de iniciación que tienen un carácter siniestro como cuando se forman grupos antisociales que pasan por el sufrimiento, el cual queda a veces impreso en el cuerpo como marca y otras veces, en casos extremos – como en la película Ciudad de Dios – se trata de matar, herir o robar. Son situaciones donde el acto delictivo, marca el inicio de la pertenencia al grupo y éste se impone al individuo que de esa manera calma sus angustias arcaicas de vacío y de no ser. Nos enfrentamos así a casos en que se produce un fracaso del movimiento integrador, el cuerpo es entonces maltratado o atacado como si efectivamente no fuera propio, estamos aquí en el campo de los juegos de muerte.

El enamoramiento y los juegos del amor

Frente a la imposibilidad de desarrollar la relación amorosa con los progenitores que imponen la ley de la prohibición del incesto, la decepción amorosa infantil es inevitable, al mismo tiempo se pierden los padres infantiles cargados de omnipotencia, idealización y grandiosidad. A su vez con la eclosión de la pulsión sexual puberal, se produce un aumento de los mecanismos defensivos tales como la represión, la transformación de los ideales, etc. El adolescente marcha así en busca de otros objetos sustitutos con los cuales llevar a cabo sus deseos. Surge así el enamoramiento que facilita la despedida de la infancia permitiendo el encuentro en el presente como un aprés coup del pasado, donde se conjuga la grandiosidad omnipotente y la

posibilidad de la complementariedad. Estos juegos del amor se constituyen en el más efectivo antídoto para combatir las angustias de vacío y tristeza por la decepción edípica, produciendo al mismo tiempo una investidura que recarga de energía vital al aparato psíquico en todas sus instancias.

Acerca del material clínico¹

Agustín es un adolescente de 16 años por el cual consultan sus padres, son ellos los que vienen a la primera entrevista y están sumamente preocupados por la situación de su hijo. Me señalan que está cursando una crisis que los llena de desorientación y confusión, pero que a la vez hay toda una historia previa, desde la infancia cargada de angustias y dificultades.

Si bien refieren que el embarazo, el parto y la lactancia no ofrecieron dificultades, ya desde los primeros años, señalan una importante angustia de separación, siempre lo sintieron como un niño difícil, que no tolera bien los cambios ni pequeñas frustraciones.

En los primeros años de escuela los padres piden orientación en diversas oportunidades a diferentes psicólogos y psicoanalistas, ya que con el advenimiento de la escolaridad aparecen dificultades en el aprendizaje, en el vínculo con otros niños, episodios de rebeldías inexplicables con las maestras y con ellos mismos, que siempre terminan en crisis de llanto. Muy demandante en el colegio, siempre se le dio una atención pedagógica especial, a los efectos de que lograra un desempeño aceptable.

Cursando el primer año de escuela, nació una hermana que le produjo intensos celos y una preocupación constante que lo llevó a pelear palmo a palmo, por la atención y el amor de los padres. Requirió además en dos oportunidades de tratamientos psicoterapéuticos a lo largo de cinco años aunque en forma discontinua, básicamente por su agresividad hacia los demás y por ello, no logra mantener amigos.

Luego de unos años de cursar secundaria, requirió de un cambio de liceo, que fue positivo en un principio, pero al momento de la consulta, hay un aumento de su agresividad intrafamiliar y en general con todos los que lo rodean.

¹Fragmentos clínicos de un material más extenso presentado en: Jornadas de violencia social y adolescencia de APU 2005 .

Por ejemplo, con sus nuevos amigos se siente traicionado, dice: *Lo que pasa es que si uno de nosotros tiene un problema por ahí en la calle o en las puertas de un baile, yo voy para adelante, y ellos en cambio no, entonces me recaliento y los mando a cagar.*

La solución que encuentra frente a las frustraciones, es el repliegue y el aislamiento, lo cual lo lleva a importantes episodios depresivos. Se queda en su casa solo, no sale con nadie, mira la televisión muchas horas haciendo zapping, se mantiene en silencio, con malhumor, y ante el requerimiento de los familiares contesta lo mínimo imprescindible.

En las entrevistas iniciales conmigo, se muestra muy desconfiado, retraído, acepta venir, pero se encarga de transmitir muy bien su enojo. Cuando le pregunto por qué está tan enojado, dice que el problema es con su madre.

Es insoportable, no me puede ver tranquilo, siempre está inventando algo para joderme. Si estoy mirando tele me manda hacer un mandado para comprar algo para la comida, y yo antes iba, pero ahora, me di cuenta que me pide cosas para joderme, porque no es que las precise en ese momento, sino que es para cocinar algo que va a hacer dentro de dos días.....entonces yo no la entiendo, es solo para molestarme. Ahora, si me pide algo así, yo ni le doy bola, y si insiste la mando a cagar.

En relación a su padre dice que: parece bueno, pero es un infeliz, porque hace y dice todo lo que quiere mamá. Es tan infeliz, que hace un tiempo tuvo que aflojar el laburo porque trabajaba tanto que no sé qué problema tuvo en el corazón, que el médico le dijo que si seguía así se moría en cualquier momento. Yo no entiendo para qué carajo trabaja así y no quiero tener nada que ver con él, y sé que trabaja así porque es un infeliz. En esas entrevistas no puede traer ningún aspecto positivo de ninguno de los padres.

En relación a sus primeras experiencias con chicas, dice que él va a los bailes y lo que le gusta es apretárselas, pero no le interesa conocerlas ni siquiera hablar con ellas, haciéndolo cada fin de semana con chicas diferentes.

El síntoma que motivó la consulta, fue que además de todo ese panorama general, los padres lo vieron muy deprimido y se dieron cuenta que se estaba iniciando en una práctica reiterada de

provocarse los vómitos.

Él estaba muy preocupado por su aspecto físico y su peso corporal y al comienzo niega su síntoma, inventando historias acerca de que tiene trastornos digestivos de tipo funcional, hasta que todo se hace evidente para sus padres.

En su gestualidad facial se hace notorio que tiene un signo de enojo, lo cual da cuenta que todo su malestar ya tiene una larga data. A pesar de todo su repliegue y aislamiento, realiza intentos fallidos de salida, a través del zapping en la televisión así como también del “zapping” que realiza cada fin de semana con una chica diferente. Aun así, sus búsquedas identificatorias persisten por el lado de la música, ya que toca la guitarra e intenta construir un grupo musical con quienes logra ensayar por un tiempo. Por otro lado, profundiza la relación con un abuelo con quien se lleva mejor y quiere mucho, ya que justamente siente que tiene una historia de dificultades similares a las de él. De alguna manera, siente que precisa un espacio diferente donde pueda desarrollar toda esta confrontación con sus padres y con el mundo, así como expresarse en sus singularidades, construyéndose a sí mismo de una manera diferente. La intervención analítica, en la que se construye un espacio con un adulto diferente a los padres, posibilita dar un cauce a la necesidad de reciclar la confrontación generacional, esterilizada por el odio y atrapada en la compulsión a la repetición.

Me interesa destacar aquí que si bien en la adolescencia se despierta una obsesión por la imagen corporal, llama la atención este síntoma elegido para adelgazar que pasa por la provocación del vómito, lo cual es poco frecuente en un varón.

Pienso que hay una necesidad de estar aislado, en un ambiente íntimo, como lo es el baño de la casa, cortar vínculos problemáticos con los demás, estar solo y desarrollar una actividad narcisista y secreta. Es un intento fallido de dejar fuera de sí a su madre fantasmática, expulsando tanto sus alimentos como así también sus materias fecales, su orina, su semen. Además, se posibilita el control visual en el espejo de las modificaciones corporales, como un decantado de su búsqueda de identidad en torno a las preguntas de quién soy, qué soy, cómo soy y cómo quisiera ser. Por último y como parte de un ceremonial, realiza un baño de ducha tibia, que expresa la fantasía pseudo-reparadora y de “purificación”, en la medida de que intenta expulsar de sí todos sus contenidos persecutorios. Expresando de ese modo su habitual desmentida a

sus dificultades y angustias.

El reclamo de Agustín hacia sus padres, que ha persistido y atravesado diversos momentos, es que ellos lo han dejado solo en su infancia y que ahora es casi lo único que él quiere, o sea, la mayor distancia posible de ellos. Ha sido motivo de varias polémicas entre ellos, el reproche acerca de episodios de abandono a los que los padres responden con sorpresa y desconcierto, ya que por su parte niegan enfáticamente que esos abandonos hayan existido. Es más, para agregar mayores diferencias entre estas dos versiones de la “misma historia” aparente, existe una vivencia de Agustín en la que lo dejaron solo alrededor de los 9 años, donde tuvo una experiencia de juegos sexuales donde él tuvo un rol pasivo con un primo un poco mayor que además ahora, se re-actualiza en forma traumática.

Esta realidad histórico - vivencial, ¿se tratará también de una realidad fáctica? De todos modos, desde una perspectiva freudiana, y desde el abandono de aquella teoría de la seducción, hemos aprendido cómo la pulsión sexual transforma la realidad fáctica y la configura de acuerdo a los deseos sexuales infantiles.

Lo que me interesa destacar aquí, es que esta diferencia padres – hijo, opera en el psiquismo de este último, con el fin de intentar poner una distancia que posibilite su proceso de crecimiento y de búsqueda de nuevas identificaciones, que es lo que está momentáneamente afectado.

Si vamos más allá de lo que supone el complejo de Edipo, con su imaginario de amores y odios, atracciones y repulsiones, y nos ubicamos en el concepto de Edipo, pero en su dimensión de estructura, advertiremos que su esencia pasa por la diferencia. Diferencia de sexo y diferencia de generaciones y en ese sentido, también podemos conceptualizar el narcisismo como la diferencia (pequeñas diferencias citando a Freud) o su contrario, la no diferencia en relación al otro y por lo tanto, las posibilidades de discriminar el yo y sus objetos (internos y externos). Es por ello que adjudicamos tanta importancia a ese “campo confrontacional” que se constituye en un verdadero crisol² que el adolescente necesita para vivir y

² Crisol: de acuerdo al Diccionario de la Real Academia Española (Madrid 1992, XXI edición Espasa Calpe) se define como un recipiente hecho de material refractario, que se emplea para fundir alguna materia a temperatura muy elevada

crecer y así reestructurarse psíquicamente.

Una de las principales tareas psíquicas del adolescente consiste en transformar sus identificaciones edípicas infantiles, lo que supone un proceso de desidentificación.

Es así que “matando” imaginaria y simbólicamente a sus objetos significativos de la infancia, se materializará la salida de un ambiente endogámico, con su constelación respectiva de fantasías incestuosas y simbióticas. Complejo proceso que requiere desplazar y condensar sus investiduras tanto libidinales como tanáticas, sobre otros objetos que se convierten a su vez en significativos y que constituyen los primeros pasos hacia la exogamia.

En el caso de Agustín era justamente este proceso el que estaba dañado, ya que la violencia paroxística hacia sus padres, también la dirigía hacia sus compañeros con quienes sentía que debía salir a la calle a vagabundear y buscar pleitos y enemigos. Atrapado en su violento estallido pulsional, transforma sus propios amigos en traidores y así cae en una fase depresiva donde pierde sus espacios extra-familiares replegándose sobre sí mismo en un ambiente paranoide.

Ese tránsito de la endogamia a la exogamia supone la construcción de una nueva historia, en la medida que como dice J. Puget (1997): “la marca fundamental de la adolescencia, es la de crear un nuevo espacio extra-familiar, signado por el lugar que la adolescencia le da al proyecto de pareja o a la pareja sexual misma”, así el intenso movimiento transferencial que realiza el adolescente con el espacio extra-familiar, será el que engendre nuevas marcas, trazos y estructuras psíquicas que se materializan a través de nuevas identificaciones que enriquecerán al yo. Modificando también al mismo tiempo al sistema yo ideal – ideal del yo. Todo ello supone una transformación radical de su aparato psíquico, lo cual lo instrumentará para afrontar las nuevas realidades emergentes en el mundo de los adultos.

El espacio analítico es a la vez el lugar donde se puede recoger toda la historia endogámica, con sus distintos niveles de historización pero también se constituye como representante de dicho espacio extra-familiar, portador de lo nuevo y lo diferente, que debe ser utilizado como una palanca a través de la transferencia que posibilite nuevas

resignificaciones y reestructuraciones psíquicas.

Bibliografía

- Blos, P. *Second Individuation Process of Adolescente*. En *Adolescence and Psychoanalysis* Karnac Books, London, 1998.
- Freud, S. 1920. *Más allá del principio del placer* T. XVIII AE. Buenos Aires. Amorroutu Editores. 1979.
- Jeammet, P. *Lo que se pone en juego: las identificaciones en la adolescencia*. Revista de Psicoanálisis NyA. Núm 2 Impresión El libro SRL, Buenos Aires. 1992.
- Kancyper, L. *La confrontación generacional en la adolescencia*. En *Clínica Psicoanalítica de niños y adolescentes* Goijman, L. Buenos Aires. Kancyper, L. Compiladores. Ed. Lumen. 1998.
- Ladame, F. 2003 *Les éternelles adolescentes*. Comment devenir adulte. Paris, France. Editorial Odile Jacob, 2003.
- Nin, A. *Algunas peculiaridades en el tratamiento psicoanalítico de pacientes adolescentes*. Revista Uruguaya de Psicoanálisis. Poder e Ideales, adolescencia. N. 99 2004.
- Puget, J. *Historización en la adolescencia*. En Cuadernos de APdeBA N° 1 Depto de Niñez y adolescencia, 1997.
- Wildlöcher, D. *Para abrir un debate sobre la identificación*. Revista de Psicoanálisis NyA. Núm 2 Impresión El Libro SRL, Buenos Aires, 1992.
- Winnicott, D. *Realidad y Juego*. Barcelona. Ed. Gedisa, 1972.